

Rafael Canogar:

abstracción, tiempo y memoria*



Retrato de Óscar Domínguez, 1960
Óleo sobre lienzo
200 x 150 cm

Miguel Ángel Muñoz

Cada cambio es una catástrofe y cada catástrofe una resurrección
Octavio Paz

DESDE HACE MÁS DE QUINCE AÑOS he sido testigo de una labor secreta y de cambio constante. Rafael Canogar cree que la creación es una aventura: la primera pincelada, el primer trazo, el primer rompimiento con el pasado. Aunque es consciente que en momentos hay que volver al punto de partida. Atrás y adelante se abren espacios. En su caso: el informalismo, la figuración, la abstracción. Un cambio significativo del arte moderno que me lleva a pensar en una palabra: metamorfosis. Pero Canogar sabe cuál es su horizonte, crea para poblar un vacío que lo persigue, que lo interroga, para crear siempre una nueva aventura.

En cada etapa creativa, Rafael Canogar se ha arriesgado a redescubrir su lenguaje pictórico. Y no puede retroceder. Él sabe dónde y cuándo terminará su aventura. Su obra reciente lo sabe. Oscila entre el balbuceo y la iluminación. Es una lucha entre el rigor y la espontaneidad. No es sólo un pintor poeta, es una sensibilidad lúcida, reflexiva.

* Texto del libro *Canogar. Una visión retrospectiva*, que publicará el IVAM, centro Julio González, Valencia, España.



Pintura, 1959
Óleo sobre lienzo
162 x 130 cm

“El curso de la obra de un pintor —dice Rothko¹— a medida que avanza en el tiempo, debe tender hacia la claridad, hacia la eliminación de los obstáculos a menudo obstinados entre el pintor, la idea y el espectador”. La integridad con que Canogar ha asumido los riesgos de su aventura ha sido necesaria, sin miedo a la caída o al vacío, seguro de su claridad para vencer todas las influencias, transformarse y crear una de las trayectorias más singulares de la segunda mitad del siglo xx. Canogar no cambia, sino que madura a través de los años. En su nueva aventura creativa, la materia está viva (inercia) y el romanticismo del artista vive más libre, es decir, nos asombra con creaciones cada vez más delirantes, silenciosas, que recuerdan la frase mágica que rescata Gaston Bachelard en algún ensayo: “Le silence, est la nuit de la parole”.

¹ *La realidad del artista*, Mark Rothko, Editorial Síntesis, Madrid, 2008.

En lo que podríamos llamar su primera época creativa, Canogar busca en la figuración su lenguaje. Quizá es un periodo más académico del gesto que de alguna manera pretendía determinar la realidad. No en el sentido de “pintar bien”, sino de emprender nuevas y arriesgadas formas plásticas. A partir de 1948 comenzó a encontrar un mundo de formas y valores pictóricos inéditos. La libertad se muestra para él como el comienzo de una conquista. Hay en esta época artística una visión antigua y otra vanguardista. Lo moderno es consecuencia de cambio y desde ahí el artista juzga su trabajo. En diversos momentos, Canogar se ha referido a ese proceso creativo como un tránsito constante y palpable. Esta metamorfosis no la podría describir, pero sí sentir. Es en cierta manera una entidad metafísica más que radical. Canogar comienza a conquistar el color y el sentido de la composición.

En 1957 inicia una nueva aventura estética: funda con diversos artistas el grupo *El Paso*, convirtiéndose



Sin título, 1960

en un miembro activo en la organización de exposiciones y de textos que describen la propuesta artística del grupo. Aunque más que un movimiento estético, *El Paso* fue una búsqueda constante del contacto con la modernidad: el informalismo. Fue el grito de libertad política, ideológica y cultural con que las nuevas generaciones europeas se conocieron, y reconocieron en él la importancia de señalar y cicatrizar la herida de las dos guerras mundiales, el ocaso de las ideologías, y, en el caso de España, el desastre de la guerra civil y los dominios de la dictadura.

Entre 1957 y 1962, Canogar desarrolla un arte plenamente abstracto-informalista en el que pueden verse composiciones que se caracterizan por la interacción entre el fondo, más o menos homogéneo desde el punto de vista cromático y unas formas, casi siempre planas, de entornos muy nítidos. El negro es para Canogar un color fundamental para crear formas, y que suele contrastar con el del fondo y coadyuva a señalar la existencia de distintos niveles espaciales. “El negro es en nuestra cultura española —dice Canogar— un

símbolo de luto y muerte, connotación trascendental de tránsito a otra dimensión, incógnita y misterio siempre presente en el horizonte del hombre”.² El color se apoya en una estructura y se considera como única función de una totalidad concreta: el cuadro.

Su obra pasa de un “experimentalismo empírico a una concepción informalista”, como lo apuntó acertadamente Juan Eduardo Cirlot. Al principio, las formas negras cubren gran parte de la superficie pictórica; en cambio, a mediados de 1960, disminuyen las formas plasmadas en el ámbito pictórico.

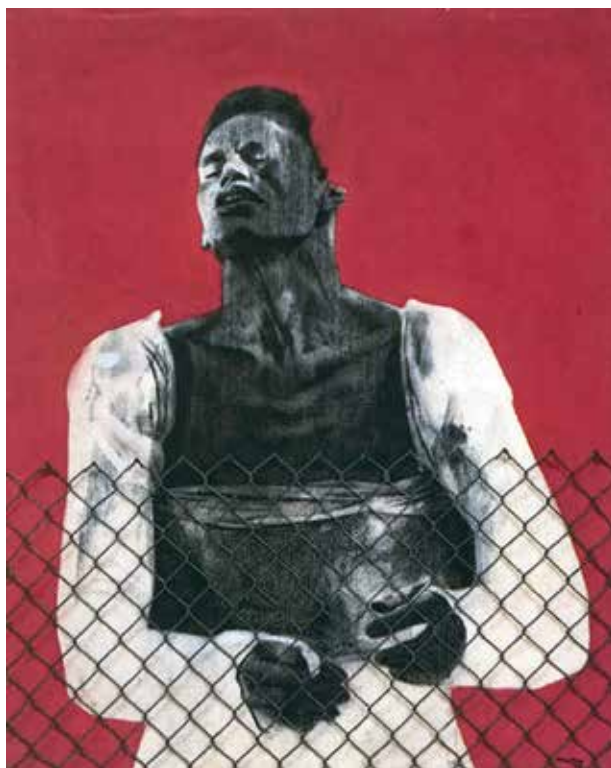
Canogar ha puesto un límite y su mundo es un universo de poesía visual. El pintor abre sus puertas con cuadros como: *Pintura núm. 73*, 1959; *Retrato de Óscar Domínguez*, 1960 y *Pintura núm. 79*, 1961, entre muchas otras, en las cuales Canogar devela su atroz realidad y su irrealidad. El espacio de los cuadros es abierto y equilibrado, aunque existen algunos en los que

² *Espejismo y relidad. Divergencias estéticas*, Rafael Canogar, edición de Miguel Ángel Muñoz, Editorial Síntesis, Madrid, 2011.,

prevalece la composición en diagonal y sugieren un dinamismo inconfundible. Ésta es una etapa creativa que se le ofrece al artista como un esquema concreto de correspondencia estética. En los cuadros de esta época, el gesto es un motor que interviene directamente en su obra; el espacio y la materia, se vuelven, al mismo tiempo, una totalidad inseparable, su pasión por estos elementos los revela en cada trazo: simbolismo de formas, líneas y colores. La unión de todos estos factores se manifiesta como dualidad: la energía y la rabia.

El proceso de madurez que marca un punto importante en su trayectoria se da entre 1963 y 1975. El artista descubre un dominio por la figura humana y por la atmósfera plástica. El cuerpo y las secuelas de la guerra civil española convergen en un mismo camino; su definición es múltiple. Se apropia del lenguaje de masas, de los periódicos, de la publicidad, y toma un camino paralelo al del *pop* anglosajón para utilizar todos estos elementos contra la represión que sufre la España de esos años. Canogar sabe que España no es sólo un país trágico, sino también un territorio que reclama libertad, en el sentido más estricto de la palabra. Obras como *El caído*, 1971; *El yacente*, 1973; *Mutilados de guerra*, 1974 y *Pintura*, 1975, son un despliegue en esos “cementeros culturales” que lo llevaron a crear un discurso plástico comprometido con su tiempo. No hay en estas piezas un contenido explícitamente político, quizás por ello resulta de un impacto visual mayor para el espectador. Los protagonistas son un grupo de personajes o un individuo en solitario, que tienen como marco referencial lo cotidiano, sin localización precisa. El regreso al negro, el descubrimiento de nuevos materiales como el poliéster y la madera le dan vida a estos personajes anónimos sin rostro en una escena que no tiene referencia en la realidad, pero que impacta de inmediato. Toda esta obra podría ser una vasta metáfora. Por otra parte, la irrupción de esta etapa artística de Canogar es la negación de utilizar el arte como instrumento político. Logra alejarse de un arte puro o vacío, para trascender las formas y abrir las puertas a las leyes de la repulsión y la atracción. No predica: revela los acontecimientos. Pasa de la crítica social a la crítica de su pintura como elemento no sólo social, sino también como parte de un entorno cultural, político e histórico. La ferocidad de sus múltiples imágenes, la encarnizada bestialidad del óleo *La parturienta*, la brutalidad estética de *Retrato de un perro* nos descubre a un pintor apoderado del sentimiento de la miseria humana. El sentimiento de agresión

Mutilados de guerra n° 5, 1974
Carboncillo retocado con acrílico y collage de tela
metálica sobre lienzo
100 x 81 cm



contra todo un país es el tema de sus piezas, pero son, al mismo tiempo, la búsqueda de una respuesta. Su realidad ya no es invisible, no escapa; ha dejado de ser una pregunta estática, inmóvil; Canogar le ha dado sentido. Entendió la frontera donde el artista termina y empieza la conciencia histórica.

En los años posteriores, la pintura de Rafael Canogar toma un camino determinante: la abstracción. El espacio va más allá del cuadro. No toma un sistema, es metáfora de alusiones: grito y silencio. La ruptura no implica negación sino un tránsito. Hay en el artista una necesidad de ruptura constante, que es parte integrante de su discurso plástico. A partir de finales de los años setenta se inicia una declinación por eliminar la figura y construir espacios interiores. No resume, vuelve a comenzar. Atrae, provoca, produce fascinación: volúmenes y superficies vacías, geometría y sensación, línea y color. Reducción del gesto pictórico a sus formas esenciales. De este modo, el artista subraya su interés por el espacio. Este interés adquirirá con el paso de los años, ya fuera del informalismo y del realismo crítico, una importancia fundamental que constituirá la parte esencial de este periodo. Canogar extrema la búsqueda: vibración amplia de resonancias. Es un proceso de experimentación, cambio y asimilación. Canogar no conquista sino retoma su lenguaje compositivo. Los límites de la materia se han vuelto rumor y ese rumor es el llamado a lo ilimitado, al oleaje que se opone a la forma.

Canogar pinta todas las variantes de una invención plástica. Inventa y reinventa un lenguaje. Unión y desunión de signos. En los cuadros de la última década, el espacio es un juego compositivo, sí, pero no es una extensión de la abstracción, sino una vibración poética de la composición. Ese espacio nace de la conjunción entre espacio y vacío. El descubrimiento no es intelectual sino ceremonia mágica. Cada obra

es un campo de batalla, una memoria abierta; todo símbolo cambia continuamente, son encarnaciones momentáneas. Dentro de los cuadros de Canogar la posición es cambio de figura y forma. Tiempo después renueva su lenguaje, se inicia un nuevo período, la obra gravita. Es decir, enmarca otras cualidades, construye dimensiones más sensibles y, al mismo tiempo, más abstractas. Canogar invierte el tiempo: la materia se vuelve metáfora, música discordante, punto de quiebre entre lo antiguo y lo moderno. Grito de tensión que guarda vestigios anteriores.

El pórtico, 1992; *Berlín*, 1993; *Casa de los misterios*, 1997; *Arqueología*, 2000; *Bisel*, 2002; *Besante*, 2002 o *Ataire I*, 2002, son una serie de cuadros realizados en tiempos diferentes, pero que tienen una estrecha afinidad temática y formal. Aunque hay afinidades conceptuales, cada obra es transformada de manera radical. Ahora el cuadro se divide en unidad-parte, en momentos intercambiables entre sí. Esta evolución es la reunión de muchas fuerzas. Confrontación y encuentro. No sería aventurado afirmar que la única analogía es la pasión subversiva al momento de realizarlas. Esta música es la composición del espacio. La condición mática es relevante, ya que siempre se descubre y se transforma junto a cierto modelado específico. El uso de materiales como la pasta de papel o la madera es un elemento esencial para la composición de la obra. Investiga e indaga nuevamente en la relación entre el color, la línea y el volumen. Son piezas en las cuales el muro y el fragmento tienen un papel arquitectónico —puertas, ventanas, capiteles—. Es la construcción imaginaria de una ciudad habitada por un espacio ilusorio, detenido en la memoria del espectador.

El juego estético se mantiene a lo largo de la obra de Canogar. Al igual que en sus etapas anteriores, Canogar se preocupa por expresar mediante la pintura su idea del espacio. Su sintaxis plástica es una lógica



poética dual: revelación del sueño. La pintura no es investigación sino develación de la realidad. En estos últimos años, Canogar redescubre el don de la pintura y trata de darle un nuevo sentido. Su quehacer pictórico es un rehacer y hacer lleno de equilibrio, poesía y maestría. El cuadro se vuelve poesía. No como texto visual, como asimilación, cambio y experimentación. Cada cuadro desea extraer de sí mismo su propio significado poético y estético. Un camino difícil, pero que Canogar ha sabido sortear con gran fortuna a lo largo de toda su trayectoria. Canogar no sólo es estímulo, sino un modelo de cómo los recursos en el arte son inmensos.

La pintura no tiene herencia: hay afinidad, conquista. Canogar tomó, descubrió y transformó. Cada una de las obras de Canogar es como un vacío interminable, un signo diverso y poético del espacio que me lleva a imaginar una trayectoria artística capaz de

transformarse y nacer sin rasgos estéticos ni límites históricos.

En sus cuadros de los últimos tres años: *Horizonte, Articulación, Impronta, Tabla, Opaco, Inercia*, todos fechados en 2009, o más recientes *Foco, Estadio, Delta y Cometa*, del 2011, y *Cota, Espejo, Plafón, Rastros, Gola, Creca, Babe* del 2012, el espacio no nace como una extensión abstracta sino como vibración cromática. Hay una búsqueda del espacio, pero de un espacio vacío. Un espacio fragmentado y recompuesto en unos grandes campos de color, que parecen muros, pero también aberturas a la vez. Las formas planas y tensas, en momentos convulsas, expresan su movimiento más poético cuando Canogar encuentra su significado. Y, cuando lo encuentra, lo ilumina. Conjunción visual, pictórica y poética. Juega con la tensión de las composiciones, y un contorno que no

es ni un rectángulo ni un cuadrado, sino un perímetro irregular; después, las manchas —las masas— de color que cubren la forma total y que actúan creando una nueva tensión con el soporte. El color está relacionando con la forma de la base, pero no se le somete totalmente —es su acompañante, pero no su consecuencia—. Más crudo y violento. Es una transformación que hace que el color vibre, que el espacio exista, no para conquistar la composición, sino para provocar una embriaguez de vértigo lúcido, lleno de formas y poderosa poesía llena de perturbación visual.

Rafael Canogar es un artista que es capaz de contradecirse, un solitario —alquimista y renacentista— que combate con el pasado y el presente, con sus maestros y sus contemporáneos, pero sobre todo, y como lo ha hecho a lo largo de más cincuenta años, con él mismo. En fin, un artista de su tiempo. ■